

LA PRODIGIOSA
HISTORIA DE
VICENTE

BLASCO IBÁÑEZ

JOAN F. MIRA

algar
editorial



PROPÓSITO O PRESENTACIÓN

Un día, a principios de los años veinte del siglo pasado, un joven periodista de nombre Josep Pla se apeaba en la estación de Menton, entre Mónaco y la frontera italiana, y se presentaba en la villa Fontana Rosa, residencia del famoso escritor Vicente Blasco Ibáñez. Más adelante, en uno de sus *Homenots*, Josep Pla empezaba con estas palabras la descripción de la visita y el retrato del personaje: «Era un hombre absolutamente rodeado de gloria, no de una gloria académica, sino popular, dilatada. Era rico, ruidoso, importante, y su nombre volaba de un continente a otro». En este par de frases contundentes, al igual que en todas las páginas que las siguen, la ironía y las reticencias habituales de Josep Pla quedan completamente desbordadas por la impresión que le produjo el novelista valenciano. «Era el hombre fabuloso, desorbitado», escribe más adelante. Y además, un hombre escandalosamente simpático: «No creo haber encontrado nunca en una casa forastera la acogida que me ofreció aquella casa». Aquella casa, Fontana Rosa, con sus pabellones y su «Jardín de los Novelistas»,

era la residencia de un hombre maduro y enfermo, pero lleno de energía: «Su nota, en el diapasón vital, era más alta que la nota vital normal», escribe Pla, y podemos asegurar que esta «nota vital», por lo que sabemos de ella, había sido más alta aún en sus años jóvenes. En la célebre casa de Menton, Blasco Ibáñez trabajaba infatigablemente, dictaba páginas y páginas de nuevos libros al pobre secretario corrector, cuidaba el jardín, atendía visitas de compatriotas republicanos o simples admiradores del gran hombre, comía con amigos increíbles (como por ejemplo don Jaime de Borbón, el pretendiente carlista, o sir Basil Zaharoff, financiero internacional y gran traficante de armas), y se enfrentaba cada día a la fama, al dinero y a la gente del cine: «Por aquel entonces vivía rodeado de un grupo de gente del mundo del celuloide: artistas, empresarios, autores, especuladores. No sabía lo que le pasaba. En aquel momento, los americanos le estaban filmando una de sus últimas novelas: *Los enemigos de la mujer*. Ganaba dinero a espuertas».

En aquellos años de la primera y alegre posguerra mundial, el nombre y la figura de Vicente Blasco Ibáñez eran tan célebres, en América y en Europa, que un conocido retrato suyo, con el cuello de la camisa abierto sobre la chaqueta,



La famosa fotografía con el cuello abierto, cuando ya era célebre como autor de ventas millonarias: la «camisa Blasco», sin corbata y con el cuello por encima de la chaqueta, se convirtió en un emblema de la nueva moda masculina de los años veinte.

provocó una auténtica revolución en la indumentaria masculina: la «camisa Blasco», afirma Josep Pla, «contribuyó a la destrucción de los principios vestimentarios de la gran época burguesa». De pocas personas –al menos antes de la llegada de la televisión– se puede afirmar que una fotografía suya, una imagen, una pieza de su indumentaria, hayan producido nunca un efecto equivalente. Blasco había tenido, y conservaba, una presencia física importante: «Era un hombre alto, imponente, ancho de espaldas –un cuerpo que desplazaba aire–, la cabeza de cíclope maduro, ya un poco ralo el pelo, pero de facciones acusadas, tocadas por la luz y la sombra, ávidas, potentes, de una riqueza escultórica fascinante, de los mejores tiempos del realismo antiguo. Llevaba un bigote recortado que grisaba. Tenía unos ojos negros, brillantes, aterciopelados, pero inmersos ya en un punto de linfa acuosa...». Éste era el Blasco Ibáñez que conocían millones y millones de personas de todo el mundo, y también el Blasco Ibáñez que residía en el corazón de muchos miles de valencianos como una sagrada imagen laica. Pero este Blasco famoso en todo el mundo –famoso hasta extremos que ahora nos resultan difícilmente imaginables–, había sido durante muchos años otra cosa: un escritor de éxito creciente, sin

duda, pero sobre todo un agitador de masas, un político de discurso arrebatado, un periodista de combate cotidiano y de artículos incendiarios, un predicador de la revolución republicana y un ídolo popular de dimensiones mitológicas. Al mismo tiempo, en su prodigiosa biografía, desde los años jóvenes en su ciudad hasta aquellos últimos años entre París, Nueva York y la Costa Azul, no dejó nunca de ser un valenciano arquetípico: «Era un hombre», escribe Pla, «que llevaba consigo el paisaje personal, que arrastraba un paisaje, que creaba su propio paisaje en virtud de su mera existencia. Era un hombre arraigado en un lugar concreto de la tierra, quisiera o no, y por esa razón su persona producía un efecto tan extravagante en aquel ambiente de cosmopolitismo desbravado y anodino». El paisaje personal que arrastraba Blasco, el lugar concreto de la tierra al que estaba arraigado, era la ciudad de Valencia y su entorno rural y litoral. Antes de la villa Fontana Rosa había existido, también a la orilla del mar, la célebre casa con cariátides en la playa de la Malvarrosa: antes de la Costa Azul, el Cabañal. Y antes de todo, el barrio del Mercado, los tenderos y los artesanos, y aquel pueblo menudo de la ciudad tan propenso al alboroto y a la revuelta. En 1921, la ciudad de Valencia dedicó a su hijo más famoso

una fastuosa semana de homenajes, y en el descubrimiento de una lápida en la casa donde nació, el escritor recordaba que era justamente allí, entre aquellas dos esquinas donde «saludaba mi nacimiento una barricada revolucionaria el año 69 y otra barricada el año 73, y en aquella visión de la lucha revolucionaria empezó a moldearse en mi espíritu el amor a la Libertad, a la Democracia y a la República». Del espíritu de una barricada revolucionaria en un barrio popular de Valencia, a la gloria de Hollywood y de la Costa Azul, éste es el itinerario espectacular de Blasco Ibáñez, «don Vicente» para muchos de sus conciudadanos, que lo consideraron –no sin razón– el más grande de los valencianos contemporáneos.

Al cumplirse, en 1967, los cien años de su nacimiento en aquella casa del barrio del Mercado, Joan Fuster escribía: «Celebramos ahora el centenario de Blasco. O tendríamos que celebrarlo. Don Vicente nació –en Valencia, claro está– el 29 de enero de 1867. Y don Vicente fue un personaje fuera de serie, de los que se cuentan con los dedos de una mano». Fuster recuerda en primer lugar que, en la literatura española, Blasco llegó a ser un gran escritor, y añade: «Nosotros, los valencianos, nos congratulamos de la insigne graduación que Blasco Ibáñez



[Arriba] Una excursión oficial por los parajes de la novela *Cañas y barro*, acompañado por las autoridades municipales. [Abajo] Durante los homenajes de 1921, Blasco tuvo la ocasión –excepcional– de reunirse con la familia al completo... sin su esposa.

consiguió en los escalafones literarios castellanos. Pero, sobre todo, nos importa el Blasco que escribió sobre los hombres y las cosas de nuestra tierra y, quizá más todavía, el Blasco que protagonizó medio siglo de vida política autóctona. Por otra parte, y de forma supernumeraria, resulta que Blasco Ibáñez, dejando a un lado sus libros y su acción civil, era un tipo excepcional». Josep Pla y Joan Fuster son escritores que, ni por preferencias literarias o estéticas, ni por biografía ni por ideología, tienen muchas afinidades con Blasco Ibáñez. Por eso mismo he querido empezar este libro con las apreciaciones tan explícitas de uno y otro: un «hombre fabuloso, desorbitado», «un personaje fuera de serie», eso fue don Vicente en su vida, en su acción y en sus libros, y también a ojos de gran parte de sus compatriotas y contemporáneos; y ahora, pasados tres cuartos de siglo de su muerte en Fontana Rosa, pasadas tantas reticencias, exaltaciones y olvidos, no caben ninguna reserva ni ninguna duda: era «un tipo excepcional».

Y acabaré esta presentación con las palabras que otro autor, Alfons Cucó, historiador y político eminente –y muy poco sospechoso de «blasquismo» literario o ideológico–, escribió en 1978, cuando se cumplía justo medio



En la Costa Azul, con su hijo Sigfrido y el actor Antonio Moreno, protagonista de la película basada en la novela *Mare Nostrum*.

siglo de la desaparición de Blasco Ibáñez: «Una tradición valenciana fuertemente arraigada muestra, para el tratamiento de ciertos personajes ilustres e, incluso, para la reconstrucción de ciertas épocas históricas, dos caminos a seguir: la alabanza desmesurada y hagiográfica –la exaltación superlativa de la “gloria local”, más allá de cualquier ponderación razonable– o el puro y sencillo desconocimiento, la expulsión de la memoria colectiva. El resultado ha sido generalmente la fijación de unos clichés aburridamente estereotipados, en los que se recogen los habituales tópicos provincianos o, en su caso, el silencio y el olvido. Sobre la figura y la obra, y especialmente sobre la obra política de Vicente Blasco Ibáñez, que se presta tanto a estas dos operaciones, parece conveniente abrir otra óptica. Una óptica que debería ser analítica y crítica, pero también globalizadora, de quien no es solamente un enorme personaje de la historia próxima del País Valenciano –un *homenot* como muy bien lo calificó Josep Pla–, sino también un creador de primera magnitud de toda una época de la política valenciana».

Confío en que las líneas y frases que he aprovechado de estos tres escritores tan diferentes, precisamente porque no son palabras mías sino suyas, hayan servido para

aclarar, como presentación, cuál es el propósito de este libro: hablar, sin clichés y sin tópicos, de un «enorme personaje». El único, con toda certeza, que, desde san Vicente Ferrer y desde la familia Borja, los valencianos hemos proyectado al exterior y muy lejos de nuestras fronteras.